XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2023.

Bartolomé Mitre. Un editor moderno para un país moderno.

Diego F. Barros.

Cita:

Diego F. Barros (2023). *Bartolomé Mitre. Un editor moderno para un país moderno. XV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-025/692

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Bartolomé Mitre. Un editor moderno para un país moderno

Diego F. Barros[1]
razoneseditoriales@gmail.com

Por sus múltiples dimensiones, la trayectoria biográfica de Bartolomé Mitre se presenta rica e irrepetible a lo largo de los algo más de doscientos años de historia argentina. En todo el devenir de su caleidoscópica vida no puede pasar desapercibido el modo sistemático en la que coexistieron dos aspectos decisivos: por un lado, el de la acción (militar y política) y, por el otro, el convencimiento acerca del lugar que el mundo de las ideas tenía en los procesos instituyentes de una sociedad. A lo largo de su existencia, Mitre se supo hacedor indispensable de la construcción de una sociedad nueva, proceso en el que combinó la organización misma del país (aún mediante las armas), con su convicción acerca del lugar que tenían las ideas y el debate en torno a ellas no solo acerca del presente y del futuro sino, fundamentalmente, del pasado.

Un recorrido por su dilatada vida –en la que el libro lo desveló siempre- permite visualizar hitos que dan cuenta de su obsesión por el universo del saber y del conocimiento. Esto quedó reflejado en acciones que cubren el variado abanico de lo que puede resumirse como la actividad editorial. El lugar ocupado por Mitre en ese conjunto diverso de manifestaciones resulta revelador de un proceso de transformación que había comenzado a generarse en Europa con la modernidad, aunque todavía no terminaba de hacerse presente en nuestras costas. Se hace referencia aquí al proceso de diferenciación profesional al interior del campo intelectual de los diferentes roles asociados a la cultura letrada en general y a la libresca, en buena medida producto de la ampliación del público lector. Si bien había registros de este proceso en el siglo XVIII, sería a mediados del siguiente en Francia cuando las señales en este sentido se volverían claras. Así lo describe Chartier:

> "La edición como profesión autónoma y el editor en el sentido moderno del término no aparecen, por tanto, en Francia sino tardíamente, sin duda alrededor de 1830. Para esa aparición se precisaban dos condiciones: por un lado, que el trabajo de edición se emancipase del comercio de la librería con el que antes estaba confundido; por otro, que la totalidad del proceso de fabricación de un libro (desde las elecciones del manuscrito a las soluciones técnicas, de las opciones estéticas a las decisiones comerciales) se concentrase en las manos de un solo hombre" (Chartier, 1993, p. 31).

La de Mitre fue una trayectoria representativa de la segunda de estas condiciones y, tal vez, el ejemplo más elocuente de un proceso que estaba en los albores de su constitución: la organización misma del país. Podría entonces postularse que el quehacer

[1] Licenciado y profesor en Sociología (UBA). Ha cursado la Maestría en Sociología de la Cultura (UNSAM) y actualmente es doctorando en Ciencias Humanas (UNSAM). Es desde hace más de 25 años editor y desde su blog personal www.razoneseditoriales.blogspot.com se ha dedicado durante varios años a reflexionar desde una perspectiva sociocultural en torno a su práctica cotidiana en la edición de libros.

político y el involucrarse en diferentes dimensiones de la actividad editorial que marcaron la vida de Mitre son expresiones análogas de un mismo proceso: el de la edición, entendida como una operación que in-forma y moldea la esfera púbica. Si la organización del país y de la actividad editorial fueron, pues, de la mano en un mismo tiempo histórico, entonces podría afirmarse que gobernar y dar forma a la Nación fue para Mitre un modo también de editarla.

Se espera que esta reconstrucción de algunos aspectos de la trayectoria biográfico-intelectual de Mitre, pueda convertirse en un insumo para la reflexión en torno a la práctica de la edición que, al igual que en los tiempos de la fundación de la Nación aunque de un modo bien distinto, reclama hoy para sí de una recreación y reformulación en su rol de intervención sobre la esfera pública.

1. Mitre autor

Por el lugar central que los textos dedicados a contar las peripecias de la emancipación americana ocupa en la fragua de la historiografía nacional pero, también, por la energía invertida por Mitre a lo largo de los varios años en su elaboración y publicación, merece destacarse, en primer lugar, su condición de autor. Solo la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* y la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, escritos luego de una sistemática y obsesiva recopilación de documentos, permitirían consagrar a Mitre como el hacedor del primer relato sistemático acerca del pasado de país.

Escrita, corregida, publicada provisionalmente en varias instancias, ajustada y completada a lo largo de muchos años, la cuarta y definitiva edición de la *Historia de Manuel Belgrano y de la Independencia Argentina* vio la luz en 1887. Por su parte, la *Historia de San Martín y de la emancipación americana* alcanzó su segunda edición definitiva, corregida y aumentada entre 1889 y 1890. En ambos casos, estas monumentales obras fueron impresas en su formato definitivo por Félix Lajouane, quien comenzó como librero y luego devino editor, llegando a especializarse en la publicación de libros de jurisprudencia, aunque también sería decisivo su aporte a la difusión de varios pensadores y hombres de ideas.

Hay pleno consenso en afirmar que son estos dos escritos los que consagrarían a Mitre como el verdadero artífice del relato acerca del pasado nacional que terminaría instalándose en las primeras décadas del siglo XX como la “historia oficial”.

Como autor, estas dos obras habrían de tener una importante recepción en el público de la época y, en especial, en el de las más notables expresiones de su generación política. De ello dan cuenta las sucesivas ediciones y el aumento progresivo en sus tiradas pero, fundamentalmente, los debates a los que las mismas dieron lugar inmediatamente luego de hechas públicas.

Ahora bien, el hecho de que aquel debate se haya cristalizado, el primero a través de la prensa y el segundo en formato libresco y de revista, confirmaba al menos los horizontes de expectativas que como intelectual y político tenía Mitre: por un lado, en el sentido de su convencimiento acerca del lugar que la discusión pública debía tener en el proceso de construcción de la Nación; por el otro, el convencimiento del lugar que en ese proceso debía cumplir la construcción de un corpus de relatos acerca de su pasado.

2. Mitre traductor

Otro de los aspectos de la actividad intelectual y, en particular, de esa verdadera pulsión por publicar que lo caracterizó a lo largo de su vida, Mitre cultivó un marcado interés por la traducción. Hombre de vasta cultura y dominio de varios idiomas, tomó como un desafío personal llevar adelante una de las tareas más ciclópeas que un hombre de letras puede postularse: encarar la traducción de *La divina Comedia* de Dante Alighieri. Si bien habría de publicar una edición de cien ejemplares de algunos cantos del "Infierno" en 1889, corregiría por años y de un modo obsesivo su trabajo siendo la versión definitiva la de 1897 y en la que incluyó un prefacio con sus meditaciones en torno al oficio de traducir.

Antes de abordar este texto había ya ejercitado la traducción de algunas obras del inglés y del francés, pero su devoción por Italia fue el factor determinante para acometer esta tarea que, al menos por cien años, sería la versión canónica en español de los cantos del poeta florentino.

Pero la cultura –y en este caso la traducción- no era para Mitre un espacio que pudiera escindirse de su proyecto político y civilizatorio con el que estaba empeñado como hombre público. Una vez más Chartier (1999) ilumina a este respecto cuando en el marco de sus preocupaciones por comprender las prácticas culturales propone el análisis de las apropiaciones de ciertos textos y, sobre todo, de las traducciones, en tanto "horizontes de recepción de un texto". El historiador francés distingue dos dimensiones implícitas a aquel concepto: "…puede mezclar el control y la invención" o puede "…articular la imposición de un sentido y la producción de sentidos nuevos…" (p. 78).

Dentro de ese marco puede inscribirse, según Bellini (2007) la empresa llevada a cabo con su traducción de Dante:

> "Si la existencia literaria de la Argentina se iniciaba, sustancialmente, con la Independencia, faltaban las raíces y fundamentos en el pasado, algo de lo que podían vanagloriarse México o Perú. *La Divina Comedia* venía a construir, pues, no solo un eslabón concreto con la civilización europea ilustre, vínculo siempre obstinadamente perseguido por la intelectualidad argentina, sino también un fundamento sólido de civilización a partir del cual, superando conscientemente un vacío de siglos, podía legítimamente proyectarse en el mundo la naciente cultura del gran país en busca de identidad y afirmación. Dante, entonces, con su poema, era legitimado por Mitre, mediante su traducción, e introducido con todos sus derechos en la historia de la cultura del país" (p. 82, mi traducción).

3. Mitre bibliófilo

> "Llevaba apuntes en diferentes libretas y cuadernos de los números de periódicos que le faltaban, y era su costumbre anotar, con el primer lápiz que encontraba a mano, así fuese de color, las entregas que iba consiguiendo, como también tildaba en los catálogos, que en cantidad recibía del extranjero, los libros y folletos de su interés. Su minuciosidad llegaba al extremo de consignar en el mismo libro el precio de costo, y en algunos casos, el de la encuadernación, el franqueo y la procedencia, recortando del catálogo la descripción y pegándola en el lado interno de la tapa" (Farini, 1944, p. 5).

Esta descripción realizada por quien por haber dirigido su Museo ha tenido por años acceso a su biblioteca personal, da acabada cuenta del lugar de relevancia que Mitre le asignaba al libro también como objeto. Pero la pasión privada de Mitre por los libros parecía confundirse con el lugar de relevancia que, a su vez, le asignaba a este en su concepción de los asuntos públicos. De ello son ilustrativos los tomos que recogen toda la correspondencia que el general mantuvo durante años con algunas figuras destacadas de la época y en la que ocupan un lugar central los temas bibliográficos. Entre esas misivas resulta particularmente interesante el modo en el que parecían solaparse en Mitre sus intenciones públicas (firme determinación de avanzar en la consolidación de una instancia pública en la que reunir la base documental del pasado nacional) con sus deseos personales y privados como bibliófilo. Así, el 24 de marzo de 1862 Vicuña Makenna se refería al hecho de haber dado con un manuscrito del Padre Lozano[2] por el que Mitre estaba particularmente interesado desde hacía tiempo. Dice la misiva del chileno enviada desde Santiago:

> "El señor don Gregorio Beeche me escribió hace seis ú ocho meses que el Gobierno de Buenos Aires había aceptado la compra de la "Historia del padre Lozano" […] por la suma de mil pesos. Después no he tenido ninguna otra noticia de este negocio, debido sin duda á las extraordinarias circunstancias en que el país y usted personalmente se han visto comprometidos. Ahora tengo el gusto de incluir á usted el índice de los capítulos de la obra, y un análisis descarnado, pero que dará á usted la suficiente idea de su mérito. Por separado acompañó á usted también el número de la "Revista del Pacífico" en que aquel análisis se publicó. Si usted tiene á bien llevar adelante la resolución que me ha comunicado el señor Beeche, sería muy conveniente que usted comisionase aquí á alguna persona de su confianza para que recibiese el precioso manuscrito y tuviese cuidado de remitirlo á ésa con las precauciones necesarias" (Mitre, 1912, p. 58).

[2] El interés de Mitre por la figura de Pedro Lozano y por su obra resulta comprensible. Lozano fue un sacerdote jesuita español enviado a América. Estudió en Córdoba donde terminaría asignándosele la responsabilidad de escribir importantes obras sobre la Compañía de Jesús para cuya tarea se lo nombró Historiógrafo de la Provincia Jesuítica del Paraguay, cargo que ocupó hasta el ocaso de su vida. Su legado escrito es extenso y muy rico, y se halla en distintos repositorios documentales, archivos y bibliotecas de Argentina, Brasil, Chile, España, Paraguay, Uruguay entre otros países. Su *Historia de las Revoluciones de la Provincia del Paraguay 1721-1735* sería publicado en Buenos Aires en 1905.

Meses después y ya presidente, Mitre respondió:

"La noticia de que ese documento se hallaba en su poder, á la vez que su disposición á enajenarlo, me llegó por el conducto de don José M. Gutiérrez, á quien creo escribió usted en aquella oportunidad. El me mostró cartas suyas, no recuerdo si dirigidas á él o á Beeche, en que usted decía ó creía que el manuscrito era original, y pedía por él mil pesos plata. Yo le hice contestar por el mismo conducto, que si el manuscrito era verdaderamente original, podríamos dar por él ese precio ó uno aproximado; pero que en caso que así no fuese, le ofrecíamos comprárselo por la mitad de esa cantidad, es decir, por quinientos pesos. Creo que Gutiérrez escribió á usted y á Beeche en este sentido en ocasión en que yo tuve que salir á campaña. A mi regreso de ella, recibí carta de usted sobre el mismo asunto, y no le contesté inmediatamente, esperando un informe que sobre la negociación pendiente pedí á Gutiérrez, el cual me dijo posteriormente que nada definitivo se había arreglado, y que por los informes que tenía de Beeche resultaba que aunque el manuscrito parecía un ejemplar preparado como para la imprenta, no era el original del padre Lozano. A esa sazón vi en el interesante catálogo de su biblioteca que puso usted á venta, que al hacer mención del manuscrito, lo ponía á usted como enajenado al Gobierno argentino, y poco después, recibí su última carta en que renovaba su anterior oferta. Me disponía á contestarle reiterándole la que le había hecho por conducto de Gutiérrez y de Beeche, cuando supe que usted lo había enajenado á este último, por una cantidad mucho menor, creo que por doscientos pesos, lo que me hace creer que tal vez ha habido mala inteligencia en este negocio. Pero, como se me ha informado al mismo tiempo que usted ha enajenado el manuscrito con la condición de que si el Gobierno argentino lo comprase por mayor cantidad, la diferencia sería partible entre ambos, reitero por ésta mi formal oferta de adquirirlo por la cantidad de 500 pesos, incluyendo en él la copia que según informes de Beeche debía ir junto con el manuscrito encontrado por usted. Si no estoy mal informado, y usted está conforme con esto, puede verse con Beeche, á quien escribo en esta misma fecha, autorizándolo por la compra y remisión del manuscrito, librando por su importe, por medio de alguna de las casas de comercio que tienen relaciones con nuestra plaza. Creo tanto más justo mantener el compromiso que indirectamente contraje con usted, cuanto que hallándose en esta ciudad el señor Lamas, que como usted sabe es poseedor de otro manuscrito de la historia del padre Lozano, parecería que aprovechaba esta circunstancia para desentenderme de él, cuando usted tan espontáneamente nos lo ofreció desde un principio" (Idem, p. 60).

Sea con fines privados (el inventario de su biblioteca constaba de 700 páginas y fue publicado en 1907); sea como mentor de una política pública en el que el atesoramiento de libros y documentos del pasado resultaba clave (Mitre fue el redactor en 1854 de las bases orgánicas del Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata), no caben dudas de que su pasión por el acopio de libros se inscribió en dos realidades. Por un lado, en la que daba cuenta de la expansión del mercado editorial argentino de entonces pero, también, en el modo en el que los estudiosos alcanzaron a definir esta práctica:

"…más allá de algunas modas o bizarrías de pasaje, invertir en la recolección y conservación de libros resulta más ventajoso y remunerativo cuanto más atentamente se observan aquellos criterios de selección que se orientan sobre valores bibliográficos, bibliológicos y culturales de valor permanente". (Ibidem).

Buoncore (1974), por su parte, entrevió con claridad el modo en que aquellas dos dimensiones antes aludidas se fundieron, en "la edad de oro del libro argentino", al sostener que

> "…así aparece la pasión erudita y el culto por las cosas del ayer argentino, no solo por mera afición y entretenimiento, sino por patriotismo, a fin de conservar los testimonios de una época que se desvanecía entre las múltiples realizaciones del progreso cosmopolita" (p. 58).

4. Mitre impresor

Como se sabe, los tiempos que siguieron al triunfo de Mitre sobre Urquiza dieron origen a la paulatina organización del país y en la proliferación de todas las actividades vinculadas con el libro que de allí en más se dispararon no podía dejar de estar presente el surgimiento de imprentas y talleres gráficos. Siendo el editor un "profesional autónomo" que se consolidaría en un futuro próximo, fue habitual que muchos titulares de este tipo de emprendimientos llevaran adelante la publicación de obras de las que, a su vez, fueron los propios autores los encargados de preparar y cuidar sus ediciones. Lo había sido Mitre de muchos de sus textos y no sería una excepción él mismo de aquel solapamiento de los oficios relacionados con el libro que todavía era moneda corriente en la Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX. En efecto, el gran proyecto periodístico con el que todavía hoy se lo reconoce e identifica –el diario *La Nación*- no podía en una mente como la de Mitre, no estar ligado a las condiciones materiales que toda edición debía traer aparejada: la disposición y propiedad de las maquinarias que habrían de convertir un producto intelectual en un objeto. En una carta que envía a Juan Carlos Gómez meses antes de la aparición del primer ejemplar del diario, lo deja claro:

> "Voy a hacerme impresor y me falta el tiempo material para hacer muchas cosas a la vez. Hijo del trabajo, cuelgo por ahora mi espada, que no necesita mi patria, y empuño el componedor de Franklin. Invito a Ud. a venir a visitarme a la imprenta, comprada no con mis capitales, sino por una sociedad anónima, de la que seré siempre accionista y gerente. Allí en medio de los tipos y las prensas, me encontrará en el punto de partida".

Los talleres del diario funcionaron efectivamente en la casa particular de Mitre y, luego, a medida que el proyecto fue consolidándose y al entronizar a su hijo a cargo de la conducción cotidiana del periódico, se habilitó el edificio contiguo a la vivienda a tal efecto.

Si bien a poco de andar Mitre toma el control mayoritario del diario se encontraba en ciernes, ese momento en el que Chartier afirma que "…la figura del editor como empresario conquistador se borra un poco en provecho de una estructura colectiva, una entidad impersonal que puede ser una sociedad anónima" (Chartier, 1999), aquella confusión entre las dimensiones cultural

y técnico-económica propias de lo editorial en tanto industria cultural, tenían su correlato en otra distinción todavía en proceso: la de la figura del *publisher* respecto de la del *editor*[3].

Pero habría otras instancias en las que en un nueva imbricación de un proyecto editorial con su correlativa disposición de los medios productivos para llevarlo a cabo se haría presente en la trayectoria de Mitre. Tal fue el caso de la Biblioteca del diario, lanzada en 1901. Como se verá más adelante, la edición de libros por parte del periódico fue tal vez el primer proyecto editorial de envergadura en la historia de la edición argentina pero si se repara en los motivos que al interior de la propia empresa llevaron a Mitre a encararlo, su relevancia adquiere otra dimensión. Consciente de que la renovación del parque tecnológico del diario al incorporar las linotipos dejaría sin empleo a una buena cantidad de sus 400 empleados, Mitre decidió encarar este proyecto que dada su avanzada edad quedaría enteramente a cargo de su hijo.

5. Mitre editor

Como se ha visto y siempre en paralelo con la actividad autoral que lo ocuparía hasta el momento de su muerte, fueron varias las ocasiones en que a lo largo de su vida se le presentó a Mitre la oportunidad de llevar adelante actividades editoriales. Sabedores muchos de sus amigos de su convencimiento acerca de que la construcción de las bases documentales para la recuperación y construcción de un relato acerca del pasado argentino formaba parte de la *weltanschauung* mitrista, algunos consideraron indispensable su participación en ella. Tal fue el caso de José María Gutiérrez, quien convencido como él de la necesidad de dar forma a una entidad que tuviera por fin la recopilación y edición de fuentes para el estudio de la historia, hizo saber a Mitre que su participación en la misma resultaba indispensable. En lo que aparecía como la delimitación de incumbencias propias del editor en tanto que profesional independiente, a pocos meses de asumir como presidente le escribía Gutiérrez en una carta: "Usted debe trazar el plan de publicación hasta en sus pormenores; aprobar la lista de los manuscritos que merezcan darse a luz y señalar el orden de prioridad ante la luz pública". Y rematando la invitación con su unción en la responsabilidad última que le cabe a quien encabeza un proyecto editorial profesional a la manera moderna, sostuvo: "Ninguna advertencia preliminar, juicio ni notas hechas por los concurrentes al proyecto podrá pasar a la imprenta sin el *exequatur* de usted" (*Correspondencia literaria, histórica y política,* citada por De Marco, 1998, p. 371).

Pero tal vez el proyecto editorial de más largo aliento y de mayor envergadura encarado por el ya expresidente, fue la fundación –luego de haber asumido por décadas el oficio periodístico- del diario *La Nación,* el 4 de enero de 1870. Desde su primer editorial, *La Nación* todavía hoy existente, se postuló como una "tribuna de doctrina" y fue efectivamente el medio a través del cual Mitre pareció optar como la "continuación por otros medios" de lo que habían sido sus luchas en los campos de batalla o en las asonadas de las que participó.

[3] Esta distinción terminológica de la lengua inglesa –de la que no dispone el castellano- da cuenta de un editor (*publisher*) más asociado con el emprendedor/inversor y de otro (editor) más asociado con el trabajo sobre los aspectos creativos/intelectuales del producto.

En una carta de noviembre de 1869, dirigida a su amigo Wenceslao Paunero, explicita de este modo sus intenciones con el nuevo medio:

"Voy a hacerme impresor, para resolver el difícil problema de la vida. […] Después de tantos años de trabajos, victorias y gobiernos, mi posición pecuniaria es la siguiente: durante cinco meses al año gozo el sueldo como senador, el que me alcanza para llenar el presupuesto durante el período de las sesiones, mes a mes. En el resto del año gozo de un sueldo de 78 pesos. No dirán que he sido una carga pública para mi país. No contando, pues, con más recursos que éstos, y con la casa, presente del pueblo que me ha costeado un techo, apelo al trabajo de la pluma y de los tipos y monto una imprenta con un diario que inauguraré el 1° de enero, sobre la base de *La Nación Argentina*, que compraré por medio de una sociedad ordinaria por acciones. Entre diez amigos he levantado el capital necesario que son 800.000 pesos" (Ibidem).

Hacia 1869 se anuncia la aparición del diario para los inicios del año siguiente, emprendimiento que pudo llevar a cabo Mitre invirtiendo una suma de dinero producto de la venta de obras de arte y otros objeto de valor personales. Si bien en sus primeros tiempos sus propias acciones en el paquete empresario fueron relativamente parejas con el resto de los miembros de la sociedad creada –entre los que se encontraban José María Gutiérrez, Antonio Lezica, Rufino de Elizalde, etc.-, no tardaría en tener el control mayoritario del periódico. En sintonía con ese proceso simultáneo de concentración propietaria y de pleno control de su línea editorial, Mitre muda los talleres a la casa en la que residía en el actual microcentro porteño para, hacia 1885 y con el proyecto claramente consolidado, lograr levantar luego un edificio contiguo al de su hogar.

Pero ni Mitre ni *La Nación* habrían de quedar limitados a un proyecto editorial de carácter periodístico aun con la significación que en los umbrales entre ambos siglos ya tenía el diario. En los últimos años de vida el periódico decide llevar adelante “La Biblioteca de *La Nación*”, una ambiciosa colección de libros de literatura de grandes autores nacionales y extranjeros que se venderían de modo inédito uno por semana en la misma sede del diario y por suscripción.

Más allá de constituir un hecho relevante en la historia y transformación del medio en sí mismo, la renovación tecnológica del diario fue sin embargo tan solo uno de los determinantes que llevaron al director a encarar este emprendimiento. El mismo debe ser comprendido, en coincidencia con los análisis de Merbilháa (Merbilháa, 2001) en el más amplio marco de las transformaciones operadas en el campo cultural en general y en el editorial en particular, producto de la doble expansión ya en curso: la del público lector y la de la prensa. Si se repara una vez más en el lugar de relevancia que la dimensión cultural ocupaba en el proyecto civilizatorio de los Mitre, no resulta poco relevante que al frente de un proyecto de esta naturaleza se haya colocado a un destacado y prestigioso hombre de letras como Roberto J, Payró. Pero al interior de las bases del proyecto existía un componente que viene a reforzar la acertada lectura que este emprendimiento estaba haciendo de las transformaciones sociales y culturales de la época. En el marco de un lanzamiento publicitado a los cuatro vientos, los ahora sí editores afirmaban el propósito de llevar “la lectura al alcance de todos”, aunque sin por ello resignar la calidad literaria de los

libros a editar. Si se tiene en cuenta que este proyecto se sostuvo exitosamente y de modo ininterrumpido hasta 1920, podría postularse al mismo como la cristalización definitiva de la figura del editor moderno, que no precisamente por azar se producía en una sociedad que para esa altura era, también, indudablemente moderna.

6. Conclusión

La reconstrucción de los diferentes aspectos relacionados con la trayectoria intelectual de Mitre –y de tantos otros hombres de esa generación- es, sin duda, un potente cristal desde el cual observar y echar luz sobre los procesos de transformación operados en el campo cultural de la Argentina a partir del proceso conocido como el de la Organización Nacional. Asimismo, escrutar y sistematizar algunas de esas acciones concretas en el frente de la edición, resulta útil a la hora de reconstruir el modo en el que se fue perfilando la especificidad de una práctica profesional propia de la cultura letrada: la del "editor moderno".

Pero si puede afirmarse sin mayor margen de dudas que vivimos tiempos homólogos a los de Mitre en materia de radicales transformaciones socioculturales y de la esfera pública. Preocupado por la necesidad imperiosa de que frente a estos tiempos convulsos se pueda resolver la vacancia de una teoría de la edición que vuelva a estos más comprensibles, el editor inglés Michael Bhaskar (2014) reafirma el lugar decisivo que esta sigue ocupando en la creación

> "… de la esfera pública, en nuestros modos de discurso". Dice Bhaskar: "…durante milenios [la edición] ha sido una función social esencial, una de las claves de la civilización [ya que] un ambiente editorial fuerte y abigarrado contribuye a crear sociedades deliberativas y reflexivas y ha actuado como catalizadora para el cambio como elemento cohesionador de la gente…" (p. 5).

Se espera que el presente ejercicio de reconstrucción del hilo conductor de la trayectoria de Mitre en los aspectos relacionados con la edición, pueda ser leído también como un aporte de utilidad a la hora de revisar y reformulara la práctica del editor, ese alguien que, en el decir de Calvino[4], "trabaja en hacer que la cultura de su tiempo tenga ese carácter y no otro". Con seguridad, Mitre no lo habría desmentido.

7. Bibliografía

Bellini, Giuseppe (2007). "Dante legittimato nell'Argentina di Mitre" en *Oltreoceano. Percorsi letterari e linguistici*, a cura de Silvana Serafin, 1.

Bhaskar, Michael (2014). *La máquina de contenido*. México, Fondo de Cultura Económica.

[4] Calvino, Italo (1994). Carta a Antonella Santacroce, 22 de abril de 1964.

Buoncore, Domingo (1974). *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires: Bowker Editores.

Calvino, Italo (1994). *Los libros de los otros. Correspondencia 1947-1981*. Barcelona: Tusquets.

Chartier, Roger (1999). *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier.* México: Fondo de Cultura Económica.

Chartier, Roger (1993). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza Universidad.

Chartier, Roger (1994). *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.

Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

De Marco, Miguel Angel (1998). *Bartolomé Mitre*. *Biografía*. Buenos Aires: Planeta.

Farini, Juan Ágel (2008). "Origen y formación de la biblioteca del general Bartolomé Mitre". Conferencia pronunciada en el Club Oriental el 30 de noviembre de 1943. Reimpresión de la edición original publicada el diario *La Nación* en 1944. Buenos Aires: Museo Mitre.

La Nación (2004). "El mundo se refleja en *La Nación* desde hace 134 años" en hwww.lanacion.com.ar/cultura/el-mundo-se-refleja-en-la-nacion-desde-hace-134-anos-nid560878/

Merbilháa, Margarita (2006). "La época de organización del espacio editorial" en De Diego, J.L. comp. (2006). *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. México: Fondo de Cultura Económica.

Mitre, Bartolomé (1912). *Correspondencia literaria (Conclusión) 1859-1881.* Buenos Aires: Biblioteca de La Nación.

Pagni, Carlos 2010). "El relato de una Nación" en www.lanacion.com.ar/opinion/el-relato-de-una-nacion-nid1219452

Serrai, Alfredo (2001). *Il cimento della Bibliogafia*. Milano: Edizioni Sylvestre Bonnard.